

--Habiéndome ocupado de esto ántes de emprender mi viaje á los países que intentaba visitar, he sabido que las perlas de esta costa, han servido á los indígenas desde tiempos muy remotos, como artículo de lujo. Los españoles que desembarcaron por primera vez en tierra firme, vieron collares y brazaletes de perlas hechos por los indígenas. Las Casas y Benzoni refieren con cuanta crueldad se trataba á los indígenas que se empleaban en la pesca de perlas.

El zapatero prestó mas atencion.

--Si Las Casas era amigo vuestro y os ha contado todo eso, dijo el zapatero en tono sério, debo conocerlo, porque seguramente ha estado aquí conmigo, y todo lo que acabais de decir lo ha aprendido de mí. No puedo retener en la memoria los nombres de todas las personas que me visitan.

--Por esta vez, amigo mio, os equivocais, dijo Humboldt riendo.

El zapatero movió la cabeza con la dignidad de un senador romano, cruzando los brazos y poniendo una pierna desnuda encima de la otra. Despues dijo:

--Recuerdo ahora el nombre «Las Casas.»

--No es fácil, opinó Humboldt; Las Casas vivía en el siglo XVI, y fué obispo de Chiapas.

--Justamente..... un español, dijo el zapatero, y el orgullo de que era un español, le hizo olvidar fácilmente la derrota que acababa de sufrir.

Tampoco Humboldt tenia la intencion de poner en evidencia al anciano, que se creia feliz al tenerse por un sabio. Solo deseaba saber en que estado se encontraba la célebre pesca de perlas en Araya.

--La pesca ha sido aquí ántes muy abundante, dijo. Al principio de la conquista se pescaban solo en la isla de Coche, 1,500 marcos de perlas, y el quinto que recaudaban los empleados ascendia á 1,500 ducados. Por término medio se enviaban anualmente perlas á Europa, por valor de 800,000 pesos, hasta que á fines del siglo XVI disminuyó la pesca y al fin acabó completamente.

--¡Sí! dijo el zapatero con aplomo, como si hubiera estado presente. Los animales que dan las perlas, fueron ahuyentados en aquel tiempo por el ruido de los remos de los muchos buques que arribaban.

--Creo que lo que decís no es cierto. Las conchas de perlas se hacian más y más raras, por haberlas arrancado á millares, á causa de la ignorancia, y de este modo impedían su propagacion.

El zapatero movió la cabeza con señal de desaprobacion; pero el modesto viajero, que parecia poseer buenos conocimientos, no se dejó intimidar y dijo con mucha calma:

--La cosa es muy sencilla, muchos de los buques llegaban en dos ó tres semanas mas de 35,000 conchas. El

animal vive solamente nueve ó diez años, y las perlas no comienzan á aparecer sino al cuarto.

El zapatero quedó estupefacto; pero volvió á mover la cabeza.....

—Entre diez mil conchas, continuó Humboldt, hay frecuentemente solo una que tenga perlas de valor. Abrian todas las que encontraban dejando podrirse los animales á millares en la playa. ¿Y ahora?

—Todo ha concluido, contestó el zapatero; solo yo soy el que aún posee perlas.

Y con estas palabras se levantó con mucha seriedad y orgullo, tomando la direccion de su cabafia.

Alejandro de Humboldt lo seguia con la vista sonriendo y tuvo que confesar que el zapatero habia sido la figura mas interesante que habia encontrado en su viaje.

Pronto volvió el castellano.

Una sonrisa de orgullo se notaba entónces en las facciones generalmente muy serias de este anciano. Sin decir una palabra sacó de una bolsa de color un par de perlas muy pequeñas y muy turbias, poniéndolas contra la luz con el orgullo de un rey que se coloca la corona en la cabeza.

—¡Amigo miol dijo á Humboldt, os hago un regalo con estas perlas. Recibidlas de la mano del zapatero de Araya y anotad en vuestra cartera, que un pobre zapatero, pero hombre de color blanco y de sangre noble castella-

na, os ha podido regalar lo que al otro lado del océano es una gran preciosidad.

Humboldt no queria recibir este regalo, que se le ofrecia de tan buena voluntad.

—No, dijo el zapatero con gravedad. Sé bien lo que dice Job. «Se debe apreciar mas la sabiduría que las perlas.» Es verdad que nada vale la vanidad humana; y ante el Señor son polvo las coronas, y se considera como podredumbre el oro y los tesoros. Por este motivo desprecia el sábio las vanidades del mundo, y se contenta con su propio corazon. Por eso vivo aquí, á pesar de ser un hombre blanco y de la noble sangre de Castilla, como un simple indio, entre perlas y oro, de manera que puedo decir con el libro de la sabiduría: «Con sencillez la he aprendido y generosamente lo comunico» y con Sirach: «No te avergüences de estar contento, sea que poseas mucho ó poco»..... Si volveis á Europa, contadle á todo el mundo, que al otro lado de los mares vive un hombre modesto con su sabiduría y pródigo en su pobreza; un pobre zapatero en Araya, que os puede servir de modelo en vuestra vanidad é insensatez, que posee perlas y las regala, que conociendo los depósitos de oro, los enseña á su hermano, que ha venido á visitarlo y á oír sus consejos.

Dichas estas palabras, entregó el español á Humboldt las perlas; y éste las admitió por no ofender al anciano.

Al sacar éste otro objeto de la bolsa de cuero, lo hizo aún con mas gravedad que ántes. Sus ojos saltaban

de sus órbitas; sus blancas cejas se fruncian y la frente mostraba aquellas arrugas que indican siempre una atención fija.

—Pues ahora vereis y oireis cosas maravillosas.

Humboldt, de muy buen humor, estaba ansioso de saber lo que esto significaba.

—Amigo, dijo el zapatero: no todos los que vienen aquí tienen la fortuna de encontrar á un hombre que conozca los secretos de la naturaleza, y le descubra sus mas grandes maravillas.

Y alzando la mano como para hacer un juramento, continuó:

—Aquí en mi mano tengo una de esas grandes maravillas.

—¿Y qué es? preguntó Humboldt lleno de curiosidad.

—A la vez animal y piedra.

Involuntariamente se asomó una sonrisa incrédula en los labios de Humboldt.

—No riáis, exclamó el español con mucha gravedad; porque el salmista dice: «aunque no lo creen, soy sin embargo para muchos un prodigio.»

—Enseñadme, pues, vuestra maravilla, suplicó el naturalista.

El zapatero puso algo sobre su mano extendida, y que Humboldt conoció luego por una cosa formada de tierra caliza.

—¿Y qué hay con esto?

—Esta es la cosa maravillosa; dijo el zapatero con aire solemne; la que es á la vez animal y piedra: se llama *piedra de los ojos*.

—¿*Piedra de los ojos!* repitió Humboldt. ¿Y por qué se llama así? ¿Y por qué ha de ser animal, estando formado de tierra caliza?

Una mirada de lástima y de reproche dirigió el español á Humboldt; luego dijo pausadamente y con tono de importancia:

—Galater, capítulo V. dice: «El que trate de llevaros por mal camino, sobrellevará su juicio, sea quien fuere.»

—Bien, contestó Humboldt; estoy dispuesto á instruirme.

La frente del sabio zapatero se serenó algo, y dijo:

—Así me gusta, por eso voy á deciros de qué se trata. Se encuentra este sér maravilloso en la arena, donde no se muere; pero si se pone en una superficie plana, y se le echa zumo de limon, demuestra que es animal y muere.

Otra vez asomó la misma sonrisa incrédula á los labios de Alejandro.

El zapatero no hizo caso, y prosiguió:

—Poniéndoselo en el ojo, se mueve el animal y extrae todo cuerpo extraño que se halle por casualidad en

aquel. Con esto he curado á centenares de enfermos. ¿Quereis que os introduzca unos granos de arena en un ojo para hacer la prueba?

—Gracias, dijo Humboldt; creo que puede extraer un cuerpo extraño del ojo, pero no por eso es animal, sino una formación de piedra caliza, como he dicho ántes.

—¿Por qué se mueve entónces? preguntó el anciano con desprecio.

—Porque el zumo del limon causa efervescencia en las partes calcáreas, y el ácido carbónico que se desarrolla, le mueve.

Esta explicacion no era del agrado del *sabio* anciano.

Se encogió de hombros con una expresion despreciativa, como queriendo decir: «No arrojéis las perlas entré los cerdos,» y ya iba á decir alguna palabra descortés, cuando apareció Bonpland que volvía de su excursión. Alejandro no necesitó preguntarle sobre el éxito de ella, porque el semblante sombrío del jóven francés, anunciaba claramente que no había encontrado ni siquiera un indicio para seguir las huellas de la zambo.

Humboldt ya iba á despedirse del viejo, á quien tenía haber ofendido. Para contentarle le preguntó sobre diversas cosas de los alrededores, pidiéndole consejo con respecto á las exploraciones.

En el acto había desaparecido todo el enojo del zapatero de Araya. Había comprendido que el modesto viajero debía ser un gran sabio, y la circunstancia de pedirle este consejo, le llenó de satisfaccion.

Habló mucho sobre varias cosas de aquellas comarcas, y se ofreció á acompañar á los viajeros para llevarlos á los depósitos de oro de Cuchivano, como dijo secretamente al oído de Humboldt.

Este aceptó gustoso el ofrecimiento, porque el anciano debía conocer perfectamente los alrededores, por haber vivido mas de cuarenta años en esos lugares, y además, le había caído en gracia por su originalidad.

Convinieron, pues, en que los viajeros debían volver á Cumana; fijaron el dia en que debían hacer una excursión á las montañas de la Nueva Andalucía, al valle de Cunanacoa y á las misiones de los indios Caimas. Debían encontrar al zapatero en las harrancas de Cuchivano.

Al fin se separaron.

El zapatero consideró este dia como uno de los mas dichosos que había pasado.